

Annapurna *Primer ochomil*



MAURICE
HERZOG

El tres de junio de 1950, Maurice Herzog y Louis Lachenal llegaban a la cima del Annapurna, convirtiéndose en los primeros seres humanos que coronaban una montaña de más de ocho mil metros, escapando milagrosamente de la muerte.

En los meses siguientes, mientras se recuperaba en el hospital de sus terribles amputaciones (que le dejarían sin los dedos de las manos y los pies), Herzog dictó Annapurna primer ochomil, una de las obras cumbre de la literatura expedicionaria de montaña.

Gocemos de la fuente de inspiración más rica que podemos imaginar: las huellas de estos aventureros que nos dejaron una historia real de valor y camaradería. De exploración y pasión por la aventura.

Esquema del itinerario de la primera ascensión al Annapurna.

Prólogo

Es la primera vez que escribo un libro.

Ignoraba que fuera un trabajo tan largo.

Aunque en ciertos días me costara hacerlo, empecé la tarea para dar testimonio, en nombre de todos mis compañeros, de una terrible aventura a la que hemos sobrevivido gracias a una sucesión de milagros que todavía hoy me parecen increíbles.

Las páginas que siguen relatan los hechos de unos hombres asidos a una naturaleza despiadada, y expresan sus tormentos, sus esperanzas y sus alegrías.

Concienzudamente, he intentado ceñirme a la verdad; he procurado, en todo lo posible, destacar el aspecto humano de estos acontecimientos y la atmósfera extraordinaria en que se desarrollaron.

Este libro ha sido enteramente dictado en el Hospital Americano de Neuilly, en el que estoy pasando todavía tristes momentos.

El fondo del relato es, desde luego, el recuerdo que me queda de los acontecimientos. Si es completo y preciso, lo debo al diario de la expedición, llevado con admirable tenacidad por Marcel Ichac. Este documento esencial fue escrito a veces en el mismo minuto en que la acción se desarrollaba. El diario personal de Louis Lachenal y las precisiones de todos mis camaradas me han sido de la mayor utilidad. Este libro es, pues, también obra de mis compañeros.

El texto, muchas veces en estilo «hablado», ha sido corregido y puesto en su punto por mi hermano Gerard

Herzog, con quien compartí los primeros goces de la montaña, así como también las primeras vicisitudes de la vida. Sin la confianza que tenía en esta interpretación y sin su apoyo cotidiano no hubiera podido nunca llevar a buen término la empresa.

El nombre de Robert Boyer, que tanto hizo por nuestra expedición, no aparece en este relato, y, sin embargo, su lúcida amistad fue un cálido estímulo para mí en las horas más duras.

Esta obra nos será cara a los nueve del equipo por varios conceptos.

Fuimos iguales en el trabajo, en la alegría y en el dolor. Mi más ferviente deseo es que estos nueve compañeros, unidos ante la muerte, sigan siendo hermanos durante toda la vida.

Al superar la medida de nuestros medios, al alcanzar los límites del universo del hombre, nos dimos cuenta de su verdadera grandeza.

En las horas de agonía me pareció descubrir el profundo significado de la vida, que no había comprendido hasta entonces; vi que era más digna la sinceridad que la fuerza. Los recuerdos de esta prueba han quedado grabados en mi carne. Al salvarme, conquisté mi libertad, una libertad de la que ahora poseo un agudo sentido y que provoca en mí ese estado de lozana serenidad del hombre que ha conseguido realizarse, llenándose de la alegría inmensa de amar aquello que antaño despreciara. Una vida nueva y muy hermosa comienza para mí.

Esta narración es más que el relato de una aventura: es un testimonio. Lo que en apariencia carece de sentido, tiene a veces un significado: la justificación de un acto presidido por el desinterés.

Capítulo I. La revolución en el palacio

La salida está próxima. ¿Conseguiremos despegar?

Todo el personal del Club Alpino Francés está en pie de guerra.

No queda ni un minuto para arreglar nada. El correo afluye de todas partes. Impresionantes pilas de papeles se amontonan sobre las mesas.

Los repartidores, en medio de un ruido ensordecedor, traen pesadas cajas de trajes de montaña, calzado, balones de oxígeno, paquetes de galletas, clavos de todas las medidas, montones de abrelatas automáticos, sacos de tiendas de campaña, cantinas...

En el número 7 de la calle de la Boétie las luces están encendidas hasta muy tarde. La sobreexcitación es general. El Comité del Himalaya se reúne casi todas las noches. A las nueve, puntuales como relojes, van entrando uno tras otro estos personajes de los que depende la suerte de la expedición. En sus concilios secretos se preparan las más graves decisiones. El Comité fija el presupuesto, prevé los azares, sopesa los riesgos y, finalmente, designa a los participantes.

Desde hace pocos días sabemos quiénes componen la expedición. Estaré bien acompañado.

Jean Couzy, alto y distinguido, es el benjamín del equipo con sus veintisiete años; es un brillante politécnico, ingeniero de aviación, y desde el primer momento fingimos tomarlo por hombre perdido en sus ecuaciones. Recién ca-

sado, no vacila en dejar a su esposa Lise para intentar la gran aventura. Silencioso, con la mirada lejana, parece siempre estar meditando en los últimos problemas de la electrónica. Una noche, en medio de la fiebre general, se acerca a mí y, traicionando su origen meridional (es de Nérac), empieza una interminable discusión, apoyada por gestos, sobre el arte y la manera de determinar las dificultades en la escalada.

—Mira este gráfico —me dice.

—¡Hermosa escalera!

—¡Es la pared norte de los Drus! —exclama triunfante—. Aquí está todo explicado.

—¿Y si sobreviene una tempestad en el recorrido?

—Evidentemente, pero... ¡Bueno, entonces el gráfico cambia!

Marcel Schatz será también de los nuestros. Es el compañero habitual de Couzy y constituyen una cordada admirable. Schatz tiene dos años más que su camarada y es ancho de hombros y de aspecto robusto. Viste siempre con elegancia y tiene motivos para ello: es gerente de una de las importantes casas de confección de su padre. Es aficionado a la buena organización, al orden y al método. En las excursiones no se hace rogar para preparar el vivac.

Apasionado por el alpinismo y soltero, nada le impide pasar sus vacaciones en la alta montaña. A pesar de ser parisiense, y por tanto alejado de su paraíso, es raro que un *week-end* lo halle en la ciudad.

En cuanto a Louis Lachenal, años atrás montañero por afición, es ahora profesor de la Escuela Nacional de Esquí y Alpinismo. Para los de Chamonix es «extranjero», lo cual quiere decir que no es natural del «valle». Es de Annecy. A pesar de este nacimiento, impuro a los ojos de las gentes de allá arriba, que defienden su montaña, ha realizado, como Gastón Rebuffat y Lionel Terray, la difícil hazaña de in-

gresar en la famosa compañía de Guías de Chamonix, única en el mundo por la calidad y el número de sus miembros. De mediana estatura y de mirada viva y penetrante, tiene en la conversación temibles ocurrencias. Le encanta todo lo excesivo; sus juicios son terribles. Leal consigo mismo, no vacila en reconocer sus faltas cuando es preciso. Siempre que pueden, él y Lionel Terray emprenden como aficionados las ascensiones más importantes de los Alpes.

Lionel Terray, aunque nacido en Grenoble, es también guía de Chamonix, y forma con Lachenal la cordada «irresistible». Son dos verdaderas «locomotoras». Al igual que su amigo, Terray se siente inclinado hacia las opiniones definitivas y extremas. Entre ellos hay siempre un pugilato para ver cuál de los dos exagera más. Pero Terray no se rinde nunca. A pesar de ser hijo de un médico y poseer una buena cultura, le gusta hacerse pasar por un bárbaro sin otra ley que el músculo. Ha venido a la montaña atraído por un ideal, y su oficio de guía le apasiona. Durante la guerra explotaba una granja en las Houches. Podían incorporarse a ella los amantes de la montaña que no tuvieran miedo al trabajo (comparaba las posibilidades de los otros a las suyas, lo que resultaba peligroso). Actualmente se halla en el Canadá, en donde estuvo ya el año pasado enseñando los nuevos métodos franceses de esquí. De allí trajo una gran cantidad de interjecciones inéditas. «En este momento — me escribe— estoy haciendo esquí en tabernáculo». Llegará ocho días antes de la salida y entre tanto es preciso prepararlo todo por carta, lo cual no facilita la tarea.

Gastón Rebuffat tiene un origen afrentoso para un alpinista; y sobre todo para un guía: ¡nació a la orilla del mar! La Compañía de Guías necesitará muchos años para lavar esta mancha. Sin embargo, en los acantilados de Les Calanques, entre Marsella y Cassis, hizo sus primeras armas. Es el más alto de la expedición: apenas llegamos a su hombro.

Ha hecho los mayores recorridos de los Alpes, a veces sin interrupción. Francisca, su joven esposa, y su hija le ven poco durante la temporada: Chamonix, Cortina d'Ampezzo, Zermatt... En este momento está dando una serie de conferencias en Italia, pero voy a rogarle que regrese urgentemente.

Todos ellos constituyen lo que se denomina los equipos de asalto. Sería imposible hallar gente mejor en Francia. Por otra parte, no ha habido la más pequeña desaprobación, ni siquiera muda. Si se hubiese organizado un plebiscito entre los montañeros, habrían salido los mismos nombres.

Y para el cine, ¿cómo vacilar? Marcel Ichac viene, y ésta es una gran ventaja. Estuvo ya en el Himalaya en 1936 y ha tomado parte en numerosas expediciones; en seguida que llegue podré beneficiarme de sus consejos. De momento se halla en Groenlandia con Paul-Emile Victor; luego dará un salto hasta los Estados Unidos para realizar una película sobre los campeonatos mundiales de esquí en Aspen. No llegará hasta pocos días antes de nuestra salida para la India. A decir verdad, su misión será múltiple; consistirá, en primer lugar, en hacer una película sobre nuestra expedición, y tendrá vara alta en todo lo referente a fotografía. Cada uno de nosotros llevará una máquina, pero la conservación, aprovisionamiento y cuidado de las películas impresionadas correrán a su cargo. Como es inteligente, emprendedor y de espíritu curioso, se ocupará también de la documentación científica.

El principal peligro para un alpinista es la mujer. Para todos nosotros es algo fundamental. Ichac, por su parte, ha resuelto el problema casándose con una alpinista.

Jacques Oudot es el *toubib*^[1]. Un cirujano de categoría. Podremos permitirnos el lujo de una fractura. Su trabajo le

ocupa mucho. Prudentemente, ha dado la orden de que no se le moleste en el hospital de la Salpêtrière, donde hace operaciones de cirugía vascular bajo la dirección de su profesor Mondor. Lo que se atreve a realizar me parece tan increíble, que siempre le pregunto; «Y... ¿no se ha muerto...?». ¡Ah! ¡Inocencia de los ignorantes! Mis preguntas sobre cirugía parecen siempre divertirle mucho.

Los cirujanos alpinistas son escasos. Conozco bien a Oudot y sé de lo que es capaz. En el Himalaya nos sería preciso.

—¿Te decides, Oudot?

—¡En este momento estoy muy ocupado!

En sus maliciosos ojillos se adivina un movimiento de retirada.

—¡Mañana te lo diré! —promete.

Esta pugna hace una semana que dura, y tanto Devies como yo estamos desesperados. Dos días antes de la marcha le arrancamos por fin el deseado «sí».

Su misión consistirá en mantenernos en buena salud, cuidarnos cuando sea preciso e informarme en todo momento del estado físico de mis compañeros y de su grado de aclimatación... Por otra parte, ejercerá su arte con toda la amplitud posible entre los indígenas.

Una cuestión espinosa: el oficial de enlace. Preferiríamos un francés, con el que nos sería más fácil entendernos. Robert Tézenas du Montcel nos habló hace unos días de un diplomático joven de la Embajada de Nueva Delhi. Exigimos mucho de él. Además de inglés, debe saber y hablar el indostaní y los principales dialectos locales: el *gurkhali*, el tibetano... Tendrá que ocuparse de las cuestiones de transporte y será además responsable de las buenas relaciones diplomáticas con las autoridades del Nepal, tanto en Katmandú, la capital, como en las regiones que atravesaremos. Francis de Noyelle sería ideal. Sabe lo que es la montaña, por ser un ferviente alpinista, y esta cualidad es esencial en nuestro equipo.

Es el único a quien no conozco. Sus padres y su hermana me han hablado en tales términos de él, que lo considero ya como a un amigo. Se trata de un muchacho fuerte, de mirada viva, desenvuelto, acostumbrado a tratar con toda clase de gente. Ha efectuado hace poco un viaje a Katmandú para acompañar a nuestro embajador en la India y el Nepal, Daniel Levi, cuyo prestigio es considerable en aquellos países. Tomó parte en las negociaciones que consiguieron la autorización excepcional de penetrar profundamente en el territorio del Nepal. En Darjeeling, el profesor Rahaul, que ha tomado parte ya en varias expediciones al Himalaya, le ayudará a reclutar los sherpas^[2], a la mayoría de los cuales conoce personalmente.

Éste es el equipo. Son hombres «duros», de acusada personalidad y caracteres salientes.

Todos desean ardientemente ir a las «Islas»^[3], de las cuales hace años hablamos entre nosotros, y están dispuestos a los mayores sacrificios, como lo expresa perfectamente Lachenal:

—¡Irámos aunque fuera de rodillas!

—Y agradecidos —añade Rebuffat.

Sí, hay que decirlo: intentan la gran aventura con una pasión del todo desinteresada. Saben, al marchar, que nada les pertenece y que no deben esperar nada a su regreso^[4]. Un ideal muy puro es el único móvil de estos hombres. Un ideal que los unirá por encima de sus orígenes diversos e incluso opuestos.

Los días que faltan para marchar pueden contarse con los dedos de la mano. Schatz y yo visitamos a los proveedores. Cada noche los paquetes más heterogéneos, los bultos de algunos gramos o de más de cien kilos son des-embalados y amontonados.

Tenemos los brazos doloridos por las numerosas inyecciones que hemos soportado: fiebre amarilla, cólera, virue-

la... Pero ¿qué importa? Todos hacemos cuanto podemos. Es preciso que esté todo dispuesto.

Esta noche, 28 de marzo, última sesión del Comité del Himalaya. Todos los miembros de la expedición están presentes.

El presidente, Lucien Devies, gran promotor de la expedición, hace una breve reseña histórica de la epopeya del Himalaya y dice lo que espera de nosotros.

—El Himalaya ha merecido, por su amplitud, el título de tercer polo. Veintidós expediciones de diversas nacionalidades han intentado vencer un «ocho mil». Ninguna lo ha conseguido.

Luego señala nuestros objetivos.

—El Dhaulagiri, de ocho mil ciento sesenta y siete metros, o el Annapurna, de ocho mil setenta y cinco, en el corazón mismo del Nepal. En caso de imposibilidad, lo cual no tendría nada de humillante, deberán ser alcanzadas algunas cumbres de «consolación». La expedición, con sus seis toneladas de material y de víveres, deberá franquear la frontera de la India y penetrar en el territorio hasta ahora prohibido del Nepal. Después de tres semanas de marcha para subir hacia los altos valles, llegará a Tukucha, el «Chamonix» del Nepal, cuya situación geográfica es notable. En efecto, este pueblo está situado entre el Dhaulagiri y el Annapurna.

»Hasta ahora, las expediciones al Himalaya escogían sus objetivos en regiones ya exploradas y conocidas. Nosotros no poseemos ninguna documentación sobre nuestros dos «ocho mil». Ignoramos completamente sus vías de acceso. Los mapas de que dispone la expedición son sumarios y casi inutilizables en alta montaña; tanto es así que lo primero que deberán hacer nuestros compañeros al llegar a Tukucha, su cuartel general, será reconocer los dos macizos, y no empezar ninguna tentativa hasta que el terreno les sea familiar y hayan podido señalar un itinerario de ataque...

Nuestro amigo Lucien Devies prosigue:

—... Deberán llevarse a cabo investigaciones médicas, geológicas, etnográficas, meteorológicas, geográficas...

¡La tarea es inmensa!

Estoy seguro de mis camaradas. Es el mejor equipo que puede reunirse actualmente. Todos tenemos conciencia de la calidad de cada uno de nosotros. El material que llevamos aumenta todavía nuestra confianza. La industria francesa ha realizado un esfuerzo excepcional. El material más ligero que existe, el más sólido y más cómodo ha sido concebido y realizado en pocos meses.

¿Hay que decir algo más? ¿Hay que aclarar algún punto?

El oscuro y sombrío despacho en que nos hallamos me parece esta noche grande y solemne.

¡No hay que añadir nada! Después de este silencio estaremos enfrascados en aventuras extraordinarias que no podemos imaginar, pero que presentimos como alpinistas.

Los puentes están cortados entre estos graves y sensatos personajes y estos hombres bronceados y llenos de vida.

Bruscamente, Lucien Devies se levanta. Después de un breve silencio dice, pronunciando claramente cada sílaba:

—Éste es el juramento que debéis prestar como vuestros predecesores de mil novecientos treinta y seis: «Prometo por mi honor obedecer al jefe de la expedición en todo cuanto me ordene para la buena marcha de la expedición».

Los alpinistas no suelen ser aficionados a las ceremonias. Mis compañeros están en pie, torpes y emocionados a la vez. ¿Qué deben hacer?

—Vamos, señores... Tú primero, Matha^[5], ya que eres el más antiguo.

Henry de Ségogne es el hombre del momento. Jefe de la expedición de 1936, no ha regateado su trabajo ni sus consejos para hacer ganar a la nuestra su primera batalla: la partida.

—¡Anda, Matha! —dice Ségogne.

En el mismo momento que la de Ichac, y confundiéndose con su voz, la respuesta de Terray se deja oír, casi tímidamente. Uno después de otro, mis compañeros juran obedecer en todas las circunstancias, y sobre todo en los momentos decisivos, al jefe de la expedición. Es tal vez su vida lo que ofrecen. Y ellos lo saben.

Todos confían en mi espíritu de equidad. Yo hubiera querido decir unas palabras, pero soy incapaz de pronunciarlas. Ningún sentimiento tiene más valor que esta mutua confianza.

El equipo ha nacido en este minuto; ahora debo ocuparme de su existencia.

El Comité obra magnánimamente, y si me da todas las responsabilidades de la ejecución, me deja también plena libertad de iniciativa.

Esta reunión, que quedará siempre viva en mi memoria, termina ya y siento un gran pesar: Pierre Allain, gran figura del alpinismo francés, que tanto ha hecho por nosotros, no vendrá; su salud, quebrantada durante la guerra, no le permite ya estas largas expediciones. Mejor que nadie sé lo que el Himalaya representa para él: esta noche le parece un paraíso perdido. Pero su rostro no deja traslucir nada; al contrario, sonrío, contento de vemos marchar. Lejos, en tierras de Asia, pensaremos muchas veces en este amigo, separado de nosotros por el destino.

Hoy, 29 de marzo, las personalidades que nos ayudan a organizar nuestra empresa están aquí, en los salones de la calle de la Boétie. Han venido a animarnos en vísperas de la partida. Henry de Ségogne da algunas explicaciones mientras yo voy del uno al otro.

Loubry, piloto jefe de la U. A. T.^[6], me llama por teléfono.

—Al habla Loubry. Estoy en el aeródromo de Le Bourget. ¿Sabe usted cuánto pesa el equipaje?

—Un poco más de tres toneladas y media.

—¡Cuatro toneladas y media!

—...

—¡Arréglese como pueda! No puedo llevar más que tres toneladas y media. El resto de la carga se compone de medicamentos urgentes para Indochina.

Estoy consternado. Cada uno de nosotros puede disponer de un peso determinado. Todos los paquetes, cantinas, cajas, estaban, contados y repartidos... ¡Hay que rendirse a la evidencia! Se comprende que una tonelada más en un DC-4 es mucho.

El embalador me decía:

—Es preciso que todo sea muy sólido.

Me había costado mucho convencerle de que no pusiera armazones de hierro. En cuanto a Oudot, le había repetido numerosas veces:

—Por nada del mundo debes sobrepasar el peso máximo de ochenta kilos que tienes asignado.

—Oye, es posible que lleve algunos kilos de más...

Esta mañana me confesó:

—¿Sabes cuántos kilos llevo?

—¡Por lo menos cien, con tus cantinas!

—¡Doscientos cincuenta!

La noticia había sido acogida fríamente... ¿Podía adivinar que el principal consumidor de sus productos farmacéuticos había de ser yo?

—Espere, comandante... ¡Tal vez haya alguna solución!

—Mi voz se ahoga en la garganta. ¡Los directores de Air France estaban allí!—. ¡No se retire, comandante!

A última hora se halla la solución. Los medicamentos viajarán en otro avión de la línea regular y no sufrirán retraso.

Regreso al salón, afectado todavía por el contratiempo. La mayoría de los invitados se han ido después de desearnos suerte, y esta velada, la última, se acaba muy tarde para mí.